

**Un buen día  
los militares  
se hartaron  
de haber  
tomado el poder  
para nada.  
Y como  
en la izquierda  
no había  
nadie...**

«Divino, maravilloso» es el título de una canción que pone veladamente en entredicho al presidente Costa e Silva, y que titulaba la información de un diario. En las playas se habló mucho de ello, mientras desfilaban a quinientos metros de la costa, en una innecesaria demostración de fuerza, los viejos navíos de la marina brasileña y volaban sobre las cabezas de los bañistas los helicópteros del ejército.



# "UN DOMINGO DIVINO

**E**L humor habrá aguantado veinticuatro horas. El sábado 14 de diciembre por la mañana, el boletín meteorológico del «Jornal do Brasil», publicado en su lugar habitual, en primera página, a la izquierda del título, era el último refugio de la libertad de expresión en el Brasil: «Cielo negro. Temperatura sofocante. El aire es irrespirable. El país es barrido por vientos violentos. Máxima, 38°, en Brasilia. Mínima, 5°, en Laranseiras (residencia del presidente de la República en Río de Janeiro)». Todo el número iba salpicado de notas irónicas, especialmente en los pies de las fotografías que habían sustituido «in extremis» los artículos suprimidos por los oficiales que habían ido a instalarse en la redacción.

Se habló mucho de ello en

Río, en las playas, sin ánimos para reír. La resistencia, en efecto, se limitó a aquello. Los censores, sermoneados por las alturas, extremaron su celo y se aplicaron a leerlo todo, incluso los anuncios por palabras. Hay muchos en el «Jornal do Brasil», y a los dos oficiales designados para la tarea, quizá poco habituados a este ejercicio, no les bastó la noche para llevarla a cabo. El domingo por la mañana, el «Jornal do Brasil» no apareció. El «Correo da Manhã», por su parte, lograba aún filtrar en sus columnas algunas bromas, más sutiles ya. Por ejemplo, un título encima de un artículo de primera página voluntariamente grotesco sobre «las muchedumbres gozosas que van a disfrutar hoy sobre la arena caliente de la más bella playa del

mundo»: «Un domingo divino, maravilloso». Los iniciados se dieron cuenta de que «Divino, maravilloso» es el título de una canción que ridiculiza, entre líneas, al presidente Costa e Silva. En las playas se habló mucho de ello, mientras desfilaban a quinientos metros de la costa, en una innecesaria demostración de fuerza, los viejos navíos de la marina brasileña y pasaban sobre las cabezas de los bañistas los helicópteros del ejército.

«¡A la playa! ¡A la playa! —me dijo, en la playa, un brasileño exasperado—. Van a seguir escribiendo que nos doramos al sol mientras nos asesinan. No es culpa nuestra que Río esté a la orilla del mar y que haga cuarenta grados hoy. ¿Qué quieren que hagamos? ¿Que tomemos las armas?».

## Policías múltiples

Tenia razón. ¿Qué armas? ¿Y con quién? Que se sepa, en Río, donde las noticias del resto del país llegan filtradas por la censura, nadie se ha movido en ninguna parte. Las detenciones han transcurrido, si puede decirse, tranquilamente. ¿Trescientas? ¿Quinientas? ¿Más? La cifra varía según las fuentes. Circulan de boca en boca listas siempre distintas. Lo único que se sabe es que si el gobierno ataca en primer lugar a la izquierda, también se permite el lujo de detener a algunas personalidades de la derecha, como Carlos Lacerda, ex gobernador del Estado de Guanabara, conservador a ultranza que sigue considerándose mucho más apto que los militares para ejercer el poder. Uno de los primeros



# IO, MARAVILLOSO..."

detenidos fue, naturalmente, el ex presidente Juscelino Kublitschek, arrestado a la salida del teatro Municipal: el mismo primer día lo fueron varios diputados del partido de oposición M.D.B. y algunos diputados del partido gubernamental ARENA, culpables de haber provocado, con su traición, el que el gobierno quedara en minoría en la Asamblea en «el affaire Marcio»; el director del periódico «Tribuna da Imprensa», Helio Fernandes; el redactor en jefe del «Correio da Manhã», Osvaldo Peralva; el director del «Estado de Sao Paulo» (órgano ultraconservador de la alta burguesía saopaulista), Julios de Mesquita Filho; el antropólogo Darcy Ribeiro, ex ministro de Joao Goulart, regresado recientemente del exilio; el ex embajador y miembro de

la delegación brasileña en la O. N. U., Sette Camara; el anciano abogado Sobral Pinto; el director de la editorial «Civilização Brasileira», Enio Silveira. Algunos han estado detenidos sólo unos días, o incluso unas horas.

La multiplicidad de los servicios de policía que actúan paralelamente —policía del ejército, policía de la aviación, policía de la marina, policía federal, policía del Estado, D. O. P. S. (Departamento da Orden Política e Social) y otras— hace prácticamente imposible la búsqueda de los desaparecidos. Ocurre a veces que se presenten unos policías momentos después de que colegas de otro servicio hayan llegado para embarcar al cliente...

Cada policía tiene establecida su «lista» en función de cri-

terios particulares, de viejos rencores o de una apreciación personal de la «subversión». Muchos intelectuales y artistas, «comprometidos» o no, figuraban en estas listas. Entre los detenidos está el cantante Geraldo Vandré, autor de una balada, «Caminhando», que ganó el segundo premio en el Festival de la Canción de Rio de Janeiro el pasado mes de julio, pero que fue prohibida en la radio y en los lugares públicos por tratar de soldados «a los que se enseña, en los cuarteles, a morir por la patria y a vivir sin razón»; el dibujante humorístico Jaguar; el compositor de música popular Chico Buarque, que jamás ha escrito una nota «comprometida» y cuyo único crimen es quizá haber firmado recientemente un manifiesto protestando contra

la detención de tres sacerdotes franceses de Belo Horizonte; el escritor católico Fernando Sabino, culpable, sin duda, de haber publicado en las ediciones «Sabia», que dirige, el libro del diputado Marcio Moreira Alves, «O Cristo de Povo»; el dramaturgo y crítico Ferrera Gullar, que nunca ha tenido actividades políticas...

## El primero de la carrera

Muchas personas a las que se busca, o que temen ser buscadas, han abandonado su piso y se esconden en casas de amigos. Conoci, en un minúsculo apartamento de Botafogo, a un periodista que había logrado huir en el preciso momento en que los policías, armados de metralletas, forzaban la puerta del periódico en que trabaja.

## "UN DOMINGO DIVINO, MARAVILLOSO..."

Saltó por una ventana trasera y se refugió en un inmueble inmediato, cuyos habitantes, a los que nunca había visto antes, le dieron albergue por aquella noche, quedándose en la puerta de plantón para tenerle al corriente de la actividad de los policías, que habían rodeado toda la manzana de casas. No pudo salir hasta el día siguiente por la tarde, cuando se levantó el sitio, y no ha vuelto a su casa.

«En el fondo —me dice—, lo que acaba de ocurrir es estupendo. Vivíamos desde hace cinco años en la ilusión de que el régimen nacido del golpe de fuerza del uno de abril de mil novecientos sesenta y cuatro podía democratizarse lentamente. Después del gobierno "duro" de Castelo Branco, la elección de Costa e Silva y su entrada en funciones el quince de marzo de mil novecientos sesenta y siete suscitaron una auténtica esperanza, salvo entre los estudiantes, a los que hay que rendir homenaje por su clarividencia. Costa e Silva no era considerado un personaje demasiado inquietante. Antes de la "revolución" de mil novecientos sesenta y cuatro era totalmente desconocido, al no ocupar más que un puesto modesto de jefe del "departamento de produção e obras" del ejército de tierra. Se dice que si obtuvo el cargo de ministro de la Guerra en el gabinete Castelo Branco fue porque corrió más de prisa que los demás en la noche del treinta y uno de marzo al uno de abril. Casi todos los generales, en efecto, estaban agazapados, aquella noche, en sus apartamentos de Copacabana o de Ipanema, siguiendo el desarrollo del golpe de fuerza en la radio y la televisión. Sin imaginar ni por un instante que Goulart iba a abandonar tan fácilmente. Cuando llegó la noticia de su marcha se precipitaron al palacio para recoger carteras ministeriales. Costa e Silva ya estaba allí, instalado en el sillón más grande. El general que había participado más activa y valerosamente en la insurrección, Olímpio Mourao Filho, cometió el error de entretenerse con sus tropas. Cuando llegó ya no quedaba para él más que un irrisorio caramelo: la presidencia del Tribunal supremo militar. En el gobierno Castelo Branco, Costa

e Silva no destacó por su especial ferocidad. No se reveló como "hombre de puños" hasta que aplastó duramente el comienzo de la rebelión de la "Vila militar" de Río de Janeiro, en octubre de mil novecientos sesenta y cinco, después de las elecciones a gobernadores que habían hecho perder al partido "revolucionario" cuatro Estados: Minas Gerais, Guanabara, Matto Grosso y Santa Catarina. Esta manifestación de energía, unida al hecho de que Costa e Silva no pertenecía en el ejército ni al clan de los duros, ni al de los "pro-civiles", sino al de los "tropeiros", ambiciosos pero poco politizados, sin programa concreto, hizo de él un candidato a la presidencia aceptable para todos los clanes, sin que por ello se transformara en un hombre-lobo. Mucha gente creyó en él.

### Alfilerazos

Costa e Silva era el «buen papá», firme pero sensible, amante de los campos de carreras y los juegos de naipes, dado al llanto en público cuando una emoción demasiado fuerte le embargaba. En resumen, todo menos un dictador. En consecuencia, se esperaba de este moderado una política nacionalista y una «apertura democrática», y durante algún tiempo pudo creerse que así ocurriría.

En el terreno de la política exterior, el gobierno Costa e Silva se permitió atacar muy ligeramente a los Estados Unidos, condenando el acuerdo Moscú-Washington sobre la no proliferación nuclear, negándose a asociarse a la creación de una fuerza interamericana permanente, adoptando la tesis de la integración latinoamericana sin los Estados Unidos y negociando la compra de «Mirages» a Francia. Alfilerazos que hubieran sido inconcebibles bajo Castelo Branco, cuyo ministro de Asuntos Exteriores había lanzado la fórmula: «América de Patagonia a Alaska».

### La descomposición

En política interior, si bien ninguno de los dispositivos represivos puestos en pie por Castelo Branco fue suprimido, se utilizaron con moderación y se permitió a los emigrados que regresaran discretamente

al país. El gobierno permitió que se constituyera el «Frente amplio», movimiento de oposición que agrupaba a Lacerda, Kubitschek y Goulart, y cuyo programa consistía en elecciones directas a la presidencia de la República, revisión de la Constitución —especialmente de las leyes sobre la prensa y la seguridad pública—, abandono de la política económica «monetarista» —prioridad al equilibrio presupuestario— y regreso a una política de expansión, más gran independencia respecto de los Estados Unidos.

La agitación estudiantil fue la que hizo caer, al cabo de un año, la bella imagen de serenidad en la fuerza que el gobierno Castelo Branco pretendía ofrecer. Las cosas empezaron a raíz de la muerte del estudiante Edson Luis, el 28 de marzo de 1968. A partir de esta fecha, la descomposición se acelera. Las manifestaciones se multiplican, agrupando a veces hasta 100.000 personas, y la represión se hace más dura. La policía militar dispara y, en el transcurso de la primavera y el verano, habrá una veintena de muertos.

En las prisiones se fuerza a las estudiantes y se tortura. En Belo Horizonte, un padre muere de una crisis cardíaca al ver a su hijo totalmente desfigurado al salir de la prisión. El 14 de octubre, en un pueblecito de Ibiuna, en el Estado de Sao Paulo, la Unión Nacional de Estudiantes —disuelta— organiza un congreso clandestino. La policía cerca el pueblo y detiene a los setecientos delegados. No serán liberados más que poco a poco, en tres o cuatro meses, pero los cuatro principales dirigentes de la U. N. E., Vladimir Palmeiras, Luis Travassos, José Dirceu y Antonio Ribas, siguen en prisión (el Tribunal Supremo Federal había tomado el día 12 de diciembre la decisión de liberarlos, pero el juicio fue casado después del golpe de fuerza del 13).

El 29 de agosto tuvo lugar la invasión de la Universidad de Brasilia por treinta coches-radio, dos compañías de la policía militar y agentes de la D. O. P. S. La finalidad de la operación era detener a cinco dirigentes estudiantiles. El resultado fueron aulas saqueadas, material de investigación destruido, dos

diputados que estaban presentes golpeados y tirados al suelo, docenas de estudiantes heridos, uno de ellos de un balazo en la cabeza. Sólo uno de los cinco dirigentes buscados fue hallado por la policía. El asunto produjo escándalo y se creó una comisión parlamentaria de investigación, y los setenta diputados del ARENA firmaron un manifiesto condenando la violencia de la policía.

Durante el verano se abrió al gobierno un segundo frente, el de la Iglesia. El clero brasileño dista mucho de ser «progresista» en su mayoría. De unos doscientos cincuenta obispos brasileños, sólo sesenta comparten las ideas «sociales» del obispo de Olinda y de Recife, Dom Helder Camara, cuando no las del nuevo rebelde de la Iglesia del Nordeste, Dom Frago, obispo de Cretéus, que no duda en declarar que la justicia no puede ser realizada, en su opinión, fuera de un régimen socialista.

### Falsas amenazas

Este grupo progresista es el que ha lanzado a principios de octubre, en cuarenta ciudades brasileñas, el movimiento «Acción, Justicia y Paz», aprobado por la conferencia de agosto en Medellín (Colombia). La jerarquía conservadora puede echarse a temblar: no puede condenar abiertamente un movimiento que constituye indudablemente la condición de supervivencia de una Iglesia cuyos sacerdotes están en contacto cotidiano con la espantosa miseria brasileña. Y, sobre todo, no puede desolidarizarse totalmente de una parte de sus miembros cuando surgen «affaires» como el de la expulsión del padre Vauthier, en julio, en el momento de la huelga obrera de Osasco, o el de la detención de los tres sacerdotes franceses de Belo Horizonte, el mes pasado. La jerarquía brasileña se ha entendido muy bien en el pasado y se entenderá sin duda muy bien en la actualidad con un régimen ultracconservador. Pero es preciso que en relación a ella se observen un mínimo de formalidades y que no se la ponga en situación de parecer que está a las órdenes de una camarilla de generales, lo que ocurriría si de-



Unos sesenta obispos brasileños comparten las ideas de Dom Helder Camara, hombre que figura en el segundo frente, abierto por la Iglesia frente al gobierno de Costa.

para que se detuviese a sus sacerdotes sin reaccionar.

En el frente obrero, dominado por sindicatos estrechamente controlados (para poder presentarse a una elección sindical hay que obtener previamente de la D. O. P. S. un certificado de «no subversión»), dos huelgas habían demostrado, sin embargo, que el clima seguía siendo tenso: la de los quince mil trabajadores de Contagem, en el Estado de Minas Gerais, y la de los metalúrgicos de Osasco, cerca de Sao Paulo.

### El escándalo

Pero nada de esto hacía pesar una amenaza seria sobre el poder de los militares. El ejército lo domina todo en el Brasil y no tiene nada enfrente. Sólo que, según sus mandos, estaba a punto de «perder la cara». Había hecho una «revolución» y se había concedido diez años para restablecer el orden en el país y en los asuntos públicos. Cinco años después nada se había hecho y la resistencia aparecía por doquier. «Con el gobierno Costa e Silva —ha declarado recientemente un joven oficial del «Cenimar» (Centro de Información de la Marina, uno de los centros de información más eficaces de las fuerzas armadas)— los militares tienen todos los inconvenientes de las dictaduras sin tener sus beneficios. Somos impopulares, nos insultan en las canciones, nuestro prestigio no deja de disminuir, la gente empieza a mirarnos de través en la calle, tenemos un armamento ridículamente viejo y estamos mal pagados. Ni siquiera tenemos, en contrapartida, el orgullo de haber desarrollado el país y eliminado la corrupción. En resumen, hemos tomado el poder para nada, sólo porque Costa e Silva es un viejo fantoche sin energía y porque su gobierno no ha atacado temerariamente ningún problema».

Este sentimiento de frustración era compartido por muchos generales y ministros que deseaban acabar con una apariencia de democracia que les entorpecía en su trabajo y no les proporcionaba más que humillaciones. Por amordazados que estén los diputados había

siempre alguno de ellos que denunciaba escándalos como el de la «Parasar», ocurrido este verano.

La «Parasar» es una unidad especial de paracaidistas especializada en el salvamento de las tripulaciones caídas en el mar o en la selva. A comienzos de octubre, el brigadier Joao Paulo Burnier, miembro del Estado Mayor del ministro de Aviación, convocó a un grupo de oficiales de la «Parasar» en un despacho del Ministerio y les expuso cierto número de «misiones especiales» que podrían verse obligados a llevar a cabo. Una de ellas consistía en mezclarse, con ropa de paisano, en las manifestaciones de estudiantes para actuar como provocadores y, en caso de necesidad, ejecutar a ciertos dirigentes. Otra se refería a la liquidación de ciertas personalidades políticas, que serían embarcadas en aviones militares y arrojadas al mar.

Dos de los oficiales que asistieron a la reunión fueron después de ella a dar un informe detallado y escandalizado al brigadier Itamar Rocha, director del servicio de rutas aéreas. Itamar Rocha llevó a cabo una encuesta y convocó a los que habían estado presentes en la reunión con Burnier, y todos confirmaron lo que habían contado los dos primeros. Rocha transmitió entonces un informe sobre el asunto al ministro de Aviación, Marcio de Souza Melo. La respuesta del ministro fue dos días de arresto domiciliario para Rocha. Este apeló ante un «consejo de justificación». El veredicto fue cuatro días de arresto complementarios y el traslado a otro cargo. Quizá el «affaire Marcio» haya sido lanzado por el gobierno para dis-

traer la atención de asuntos como éste y como la invasión de la universidad de Brasilia.

El 2 de septiembre, el diputado Marcio Moreira Alves había pronunciado un violento discurso contra el «militarismo» que se instauraba en el Brasil, invitando a los brasileños a boicotear el desfile militar del «Día de la Independencia» y, lo que es más grave, a las brasileñas a no salir ni bailar con soldados. El discurso pasó totalmente inadvertido para la opinión pública y no provocó un solo comentario.

### Diputados dóciles

A principios de octubre, sin embargo, el ejército se despertó y descubrió que había sido insultado, y el ministro de Justicia, Gama e Silva, pidió que se levantara la inmunidad parlamentaria de que gozaba Marcio Alves. El asunto pasó en primer lugar ante la comisión de Justicia de la Cámara. Treinta y un miembros, veintiuno de los cuales pertenecían a la ARENA. El voto parecía garantizado a favor del gobierno. De hecho, los diputados más hostiles a Marcio Alves vacilaron: si entregaban a uno de los suyos a la justicia militar, ¿quién les garantizaba que un día u otro ellos mismos no serían víctimas de una maniobra semejante? Nueve comisarios de la ARENA se negaron a votar el levantamiento de la inmunidad. El gobierno les sustituyó automáticamente por otros nueve diputados considerados más dóciles. El asunto se arrastró aún unas semanas, pero, al fin, el 10 de diciembre, se obtuvo el voto. Dos días más tarde, la Asamblea fue llamada a pronun-

ciarse. Ante la sorpresa general, rechazó la petición de levantamiento de inmunidad parlamentaria por una mayoría de 57 votos. Se trataba de la primera bofetada que el gobierno recibía del parlamento desde su entrada en funciones.

### La prueba de fuerza

Algunos dicen en la actualidad que el gobierno había teleguiado el asunto desde el principio, y hasta el voto final, para tener el pretexto que necesitaba para su golpe de fuerza. Otros responden que eso es considerarlo demasiado fino. En cualquier caso, veinticuatro horas más tarde ya no había Asamblea, y el acta constitucional número 5 hacía del régimen brasileño una dictadura perfecta, con un ejecutivo dueño de legislar a su antojo y de detener, condenar, confiscar sin que fuera posible recurso alguno ante el poder judicial.

El hecho de que se hayan quedado solos en escena no quiere decir que los militares estén unidos. La carrera hacia la sucesión está abierta, y Costa e Silva permanece porque ninguno de los grupos rivales quería comprometerse a la prueba de fuerza. Pero el gobierno está lleno de «hombres fuertes».

El ministro del Interior, Albuquerque Lima, es uno de ellos. Pasa por ser el representante de una tendencia nacionalista «nasseriana» y desearía jugar un juego más sutil entre los dos bloques que el del actual gobierno. El jefe de la casa militar del presidente, Jaime Portela, es por sí solo otra potencia, y está vinculado al grupo llamado «de la Sorbona»: partidario de la alianza incondicional y total con los Estados Unidos. El ministro del Ejército, Lyra Tavares, que ejerce a través de su policía militar el control más estrecho sobre el país, tiene también su baza en la aventura, lo mismo que el comandante del Primer Ejército, Siseno Sarmento.

¿Y la oposición de izquierda? «Quizá —me ha dicho el periodista que se escondía en Botafogo— tiene, por primera vez, la oportunidad de renacer en la clandestinidad». ■ SERGE LAFAURIE. Fotos: CIFRA y ARCHIVO.